



## Capítulo 479: La soledad del bosque

El silencio era casi opresivo.

Donde una vez se levantó un río de sangre, hirviendo como una entidad viviente, sólo quedó una extensión desolada de tierra seca, agrietada y estéril. El rojo intenso que una vez había pintado cada superficie ahora había desaparecido, como si hubiera sido tragado por la oscuridad misma. El aire era pesado, quieto y exudaba un olor dulce y metálico —no había viento, ni vida, sólo el eco lejano de algo que había sido consumido hasta la última gota.

En el centro de esa extensión devastada, Rafaeline era la única pieza de color y movimiento.



Su piel, etérea y pálida, brillaba suavemente bajo la tenue luz, como si la esencia robada todavía fluyera debajo de ella. Su cabello, largo y completamente negro, era más vivo, más brillante, con mechones que parecían moverse por sí solos, como si respondieran al flujo de poder recién encarnado. Sus ojos, una vez intensos, ahora ardían de un rojo brillante, tan profundo que parecían contener fragmentos de ese extinto río de sangre.

Rafaelina se lamió los labios lentamente, dejando que la punta de su lengua saboreara el último rastro de hierro y dolor.

"Vaya... me he vuelto más fuerte." Su voz era profunda, prolongada y cargada de placer. Una sonrisa sinuosa se formó en su rostro, y el contraste entre la delicadeza de sus rasgos y el salvajismo detrás de ellos era casi inquietante.

Levantó la mano y observó cómo sus propias venas palpitaban como si estuvieran a punto de estallar. Con cada movimiento, gotas rojas brillaban debajo de su piel, corriendo como pequeñas serpientes líquidas. Cuando cerró



el puño, la energía condensada provocó un crujido en el aire, como si el espacio se hubiera comprimido.

El suelo a su alrededor estaba seco y muerto. No quedaba rastro de sangre, pero la tierra parecía estropeada por una cicatriz invisible. Dondequiera que pisaba, las grietas en el suelo se profundizaban, como si el mundo mismo rechazara el peso del poder que ahora tenía.

"Hm... qué delicioso," murmuró, levantando los ojos hacia el horizonte.

Había algo perverso en su satisfacción. La sensación no era sólo de fuerza física o mágica; era más íntima, más adictiva. Rafaelina no sólo había absorbido un río de sangre. Había bebido las historias contenidas en cada gota: batallas, muertes, odio, sacrificios. Todo esto ahora vibraba dentro de ella, multiplicándose en una sinfonía de voces que aplaudían su existencia.



El viento finalmente sopló, llevando consigo el lejano olor de la tierra húmeda, como si el mundo estuviera tratando de curar la herida que ella había dejado. Pero a Rafaelina no le importaba. Sus ojos escudriñaban el vacío que tenía delante como si buscara algo... o a alguien.

Rafaelina permaneció en silencio por unos momentos, contemplando el horizonte vacío. El suelo agrietado se extendía como un espejo roto del mundo, reflejando no sólo la destrucción que había causado, sino también la aridez dentro de sí misma. El viento, débil e irregular, levantó polvo fino que se disipó incluso antes de llegar al cielo.

Y fue en este silencio que se escapó un pensamiento.

"Virgilio..." murmuró, en un tono tan suave que parecía imposible que la misma voz pudiera ordenar tormentas de sangre.



Sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica y delicada, y por un instante el salvajismo de su aura desapareció. Cerró los ojos, recordándolo, el toque frío de su presencia, la forma implacable en que miraba el mundo. Virgilio no era como los demás. No se dejó corromper por deseos inútiles; era la encarnación de la voluntad, pura e indomable. Él era su marido, su compañero... y, paradójicamente, su mayor tentación.

Se escapó un suspiro, cargado de deseo y melancolía.

"Ha pasado tanto tiempo desde que lo vi... Extraño el sonido de su voz. Extraño la forma en que me mira..." Sus ojos azules se abrieron lentamente, brillando como dos lunas. Pero aún no es el momento."

La sonrisa se desvaneció, dando paso a una expresión casi severa. Rafaelina colocó una mano sobre su pecho, sintiendo que su corazón latía más fuerte, acelerado por el poder que fluía dentro de ella. Cada latido era un recordatorio: la sangre que había consumido no podía desperdiciarse. Sería un insulto al destino mismo.

"Necesito aprovechar esto..." dijo en voz alta, como si se estuviera preparando. "Este río de sangre no fue sólo una bendición, fue una oportunidad. Si quiero estar a su lado... si quiero ser digno de él, tengo que ser aún más fuerte."

El poder no era sólo una obsesión. Fue una prueba. Virgilio nunca se inclinaría ante alguien indigno de su atención. Rafaelina lo sabía. En el fondo, ese anhelo ardiente que la devoraba no podía satisfacerse con un reencuentro a solas. Ella quería que él la viera como una igual —o quizás incluso como algo más.

Levantó los brazos y dejó que la energía recorriera su cuerpo. La tierra temblaba bajo sus pies, se abrían pequeñas fisuras y un líquido carmesí fluía a través de ellas como si el suelo hubiera comenzado a sangrar. A su alrededor



se formaron pequeños círculos, runas de sangre pulsantes que giraban lentamente, como lunas rojas en órbita.

Cada símbolo brillaba y se desvanecía, siendo reabsorbido en su cuerpo. Fue un proceso meticuloso. Rafaelina no sólo acumuló poder, sino que lo refinó, lo moldeó como un escultor moldea mármol.

Pero a medida que la magia se disolvió en su cuerpo, un vacío creció dentro de su mente.

El poder era intenso. La energía vibraba como fuego líquido en sus venas, pero con ella venía el silencio. Un silencio frío, solitario y aplastante.

Rafaeline bajó lentamente los brazos y respiró profundamente. Sus ojos escanearon el bosque circundante—o lo que quedaba de él. Árboles muertos, retorcidos como cadáveres petrificados, rodeaban el claro por donde antaño fluía el río. El olor a madera seca y tierra estéril llenaba el aire. Ningún animal, ningún insecto, nada se atrevió a acercarse.

Caminó unos pasos, con los pies descalzos crujiendo el polvo reseco. Y luego se detuvo, mirando al horizonte una vez más.

"Este bosque..." comenzó, casi en un susurro. "¿Por qué estás tan solo?"

El viento respondió sólo con silencio. Esas palabras fueron más para ella que para cualquier otra persona. Rafaelina cerró los ojos por un momento, sintiendo la suave brisa rozar su piel.

La soledad.



Eso fue lo que la molestó. El poder la llenó, pero no la calentó. Las voces de la sangre —los ecos de las vidas que había devorado— no eran compañeras. Eran sólo murmullos lejanos, sombras de una existencia perdida.

"¿Por qué... es tan... triste esta soledad?" Ella preguntó en el vacío, su voz oscilaba entre la vulnerabilidad y la ira.

